

Andrés Sabella

## Tres poetas de América

A Domingo Melfi.

### I



ESPUES de «Las Insulas Extrañas», (1929, Editorial «La Brasa»), de «Canción de Esther de Cáceres», 1931, y «Libro de la Soledad», 1933, (ambos, como «Los cielos», 1935, que glosaremos de Biblioteca «Alfar»), Esther de Cáceres parece ya en madurez de oros cerebrales:

«Tú eres como la flor del lino  
Descanso y espejo del día!

Por eso  
Las cosas se miran en ti,  
Y la voz de las más humildes  
Se levanta, hecha luz,  
Para cantarte, ¡oh, tú,  
Descanso y espejo del día...!» (1).

---

(1) El surrealista peruano Emilio Adolfo von Westphalen llamó, como Esther de Cáceres, a un libro suyo «Insulas Extrañas», algunos años después, (1933); «Las Insulas Extrañas» es verso de San Juan de la Cruz.

En 1937, Esther de Cáceres publicó «Cruz y Extasis de la Pasión»; en 1938, «El Alma y el Angel».

«Libre de ataduras, Esther de Cáceres nos ha dado su voz, voz pequeña, pero indudablemente de poeta», margina, en sus «18 poetas del Uruguay», R. Brughetti, (1938) y de ello sería notoria ofensa la duda, porque la autora de «Los Cielos» reúne en su acento tal corporeidad de símbolos y ocultas llamadas, que frente a su órbita cae de rodillas el corazón:

«Tú puedes romper el Mar,  
Esconderme las estrellas  
Y hacer lejana tu música.

Pero aunque eres fuerte como los muros  
Y como el corazón que puede vencerlos,  
Has querido llegar a mí  
Suave y pálido como un sueño».

Es médica y catedrática; no obstante, la noche ardiente de la lámpara universitaria no plegó su maravilla sensible y ha sabido mantenerse mujer que canta y que sigue leal el curso del amor entre la primera rosa del mundo y su arcoiris. He aquí su encanto: sencillez de agua plateada en las manos del día:

«Limpia  
Como la luz de las mañanas  
· Tu voz!

Triste y profunda  
Como los otoños en el campo  
Tu voz!

Sorpresa de la primera estrella  
Tu voz!

Serenidad del cielo  
Y para siempre  
Tu silencio».

Empieza «Los Cielos» con una especie de Arte Poética de elevada vibración; «He elegido este nombre para mi libro porque miro a cada poema como un cielo, tan feliz soy en ellos, y tan en el corazón de la música me siento». Esther de Cáceres afirma, a nuestro entender, confundiendo dos atmósferas autónomas: «Como sé que la Poesía es la Música, cada poema es para mí un estado musical del alma»: Poesía y Música obedecen a leyes íntimas y diferentes, si bien ha existido la idea de ser la Poesía una modalidad de la Música, una realización de ella; idea, desde luego, nada poética y sí mucho deleznablemente auditiva. Sin embargo, Esther de Cáceres parece dar a esta concepción sólo un valor ideal, puesto que su poesía es construída más que sobre afanes verbales, sobre batallas interiores:

«Barca perdida en el mar,  
Fija y perdida en el mar,  
Bajo el cielo eterno y mudo...

Dueña de tantas preguntas,  
Dueña de todas las lágrimas,  
Conquistadora de nunca.

—Alma perdida—en el mar...  
El mar te dice que nunca...!»

¿Es esto un cánon de limpidez?

Esther de Cáceres utiliza los contrastes para el brillo de su canto, como bien se advierte en su poema IV:

«Tú que tienes la ternura del lino,  
Fuertes muros para mi voluntad  
Me diste».

Y en este camino de antítesis descuella la que viene desde el nombre de su libro: «Los Cielos», donde todos los elementos adictos pertenecen al mar: islas, playas, contrariamente a los celestes que pudieron prestarse a su impulso; los cielos se reflejan y el corazón no viaja en nubes, sino que manda el sueño del coral. . .

¿Quién es el Norte de estas elegías hechas con la sabiduría de las abejas del panal de oro? Elegías en que se repiten ciertas palabras, como olas, y en las que el cuerpo parece cristal multiplicado:

«El alba te anuncia  
Con su niebla gris de seda. . .

La noche te anuncia  
A la hora en que tu sueño me espera. . .

Yo sé que no te vas nunca  
Y que nunca llegas. . .» (2).

## II

Editorial «Elite», en 1937, publicó el primer libro de Vicente Gerbasi: «Vigilia del Náufrago», libro que, según la opinión de un amigo tenía sobre sus banderas el tremendo y cautivador viento de Pablo Neruda. No me consta esta sujeción, pero sí que en este «Bosque Doliente» (1940), el acento íntimo de un hombre se refleja y alcanza el grabado para la galería de quienes encuentran su alma y no la engañan:

---

(2) Algo de lo inédito de Esther de Cáceres puede leerse en el libro de Julio J. Casal «Exposición de la poesía Uruguaya», (1940), págs. 536 y 537.

«Todo mi ser dormía en la celeste morada de los estanques como si en mí los días movieran un jardín encantado, y veía pasar las aldeas había un atardecer de olvido en un silencio vago de lirios y de ríos» (3).

Pienso que el *náufrago* ha vivido en una *vigilia* de espadas con el propósito de abrirse paso en el aire de los sueños y encontrar la morada feliz, por honda y por propia, donde yacer su desventura de varón echado encima de las terribles tempestades humanas, y su hallazgo ha sido un *bosque* que gime fatigosamente:

«...el tiempo pasaba llorando golondrinas».

En este territorio de profundas substancias celestes, el poeta que ha huído de la soledad marítima de su primer destino, es el que oficia su desdicha en el día de su «Luz inconforme»; allí refulge el rostro divino:

«Nimbado de arcoiris, a ti me acerco ¡oh Dios!».

Gerbasi vive atravesado de su resplandor, es un vaso meditativo en tan altísima esencia, pero difiere, por línea de alma, de aquel otro americano que ha sido un candelabro azul en la llaga de Cristo: el poeta de «Las Manos Juntas», nuestro Ángel Cruchaga. Gerbasi canta a la manera de un armonium clavado en las sombras:

«Olvido que la tierra, las ciudades, los hombres,  
inventan lentamente sus huesos de cristal,  
y los amo a todos, los amo junto a Dios,  
junto a la espiga tranquila  
que curva sus designios en el rumbo del día».

---

(3) Ver «Tras la huella conmovida de Vicente Gerbasi», de R. Olivares Figueroa, «Los Nuevos Poetas Venezolanos», (1939), págs. 143 a 147.

Angel Cruchaga es un coro surgido desde una invisible catedral sustentada en esmeraldas: la voz aprisiona en su malla más densidad de imagen, y el símbolo no oculta tanta agonia.

Gerbasi, escapando de su sombra inminentemente nocturna, del *naufragio* de su sangre, encuentra un «bosque doliente», del cual parecen nacer escalas hacia los misterios del ser y del mundo, pues «Invitación de las sombras», la otra sección de que consta su libro, está impregnada de esenciales interrogantes:

«No se ha meditado aún sobre estas tristes ruinas.  
Participo de la gran alegría que hace cantar como el vino,  
luego me hieren los lamentos como a un árbol la tempestad  
[nocturna.

Se pierden conmigo en la sombra  
como se pierde la noche en el bálsamo misterioso de la muerte.  
Busco mi voz abandonada sobre los mares, en el aire de las  
[islas,

en las comarcas donde habitan los desterrados y los místicos,  
y vago bajo la lluvia de los bosques en soledad.

Como el árbol al borde del abismo, me salva la inquietud pe-  
[renne,

y me acerca a Dios que vigila tras las músicas terrestres.

Alguien puede llamar a la puerta de alguna vivienda en la  
[noche,

mas solamente aparecerá el rostro del silencio  
en medio de la pesadumbre.

No hemos meditado aun para amar y ser serenos.

Oh, si tendiéramos la tristeza como niebla delgada,  
serenamente, sobre estos vastos dominios desolados».

(«Ambito de la angustia»).

El poeta se entrega al hierro del pensamiento y su garganta entra a un rol más intenso, empieza a ejercitarse para mármol frontal:

«¿en qué pozo del tiempo se mira mi destino?»

Tal vez si debiéramos reprochar a Gervasi ese no paralelismo de su angustia con la del mundo; está amarrado por la suerte de sus raíces; no obstante, las de los hombres no le inquietan hasta incendiar su espejo actual, que ya el de su libro «Vigilia del Náufrago», guardó, en el poema «Un leñador visita una fábrica», el clamor social, siendo, como critica Olivares Figueroa, quien en ello coincide con Venegas Filardo «el más ponderado, el más puro y noble, y también el más original». ¿Es, acaso, este olvido de Gervasi una inmersión en sus océanos ardientes, una pausa, para un retorno mayor en conmoción y en rayos? (4).

### III

¡Qué duras las arenas del sueño! ¡Qué pavorosamente fría la hora de los cisnes que parten a descubrir el día oculto en los confines de algunas interrogantes! Y, sin embargo, cuántos esforzados que mueren sonrientes en la lid de fuego! ¡Cuántos...! Cada tarde nos trae noticias de algún expedicionario que acaba de morir al pie de sus armas, abrazado al charco de su sombra como mechón del demonio. Esta vez, la tarde nos habla de José Miguel Ferrer, venezolano que vive asombrándose, célula a célula, en el cielo brasileño, como si su oficio fuera chuparlo, lentamente, para después extenderlo en sus poemas:

---

(4) «Bosque Doliente» es edición «Viernes».

«Es en un cielo sin brechas donde mis alas buscan restaurarte,  
más allá de lo inmóvil de este cielo sin párpados como de már-  
[mol ciego».

José Miguel Ferrer es poeta de inspiración airosa, se sumerge en los pliegues de la mentira espléndida y retorna a la cotidiana superficie con acontecimientos cuya verdad es de nunca, pero cuya esencia sirve para dotar de luz las murallas sin ídolos de nuestra pobre cabeza, no obstante soñadora:

«La campana que se nutre de pájaros para esparcir la madru-  
[gada».

.....  
«Avanzo abriendo pausas en el llanto de lluvia gris que inven-  
[tan las guitarras».

.....  
«Detrás de las cortinas del cielo hay sombras imprevistas que  
[no saben llorar».

Existe en la poesía de Ferrer un sedimento de ciclones de sal echados a su agonía a lo largo de su frente, cierta mano de ceniza que controla el nacimiento de sus luciérnagas:

«Al nivel de la tierra y del insecto que explora tu osamenta,  
al lado del escarabajo con su pentagrama,  
bajo la golondrina de tus ojos que invocan los menguantes,  
atado—una vez más—a la cintura de la rosa obscurecida,  
empotrado el vértigo de tus blasfemias y de tus arterias,  
busco la llave que canta en las madrugadas  
y el humo que se empina desde la envoltura del rocío...»



Su «Tránsito y Presagio de Angel Miguel Queremel» es una elegía escrita sobre ópalos; el poeta de «Santo y Señá» está allí con sus aguas postreras y sus lejanas mariposas alimentadas con invierno:

«Le vieron las estatuas y los insectos  
con su gran sueño auestas, sobre la Muerte;  
lo sintieron la yerba y las caracolas  
venir, inevitable, desde su víspera...  
Y entró, ciego, a la casa de la intemperie  
con el sombrero ausente y el alma libre.  
Iba cerrando puertas con su pregunta  
y entre morados árboles, apagándose...»

José Miguel Ferrer, el de «Cuarta Dimensión», empieza a ocupar las márgenes de la lámpara que es elevación y rama de la belleza:

«En las colinas, tus senos alzan frutos para los ángeles en pena:  
las ruedas de la lluvia muelen el trigo que alumbrá tu paso  
hacia la Eternidad...!» (6).

---

(6) En 1940, José Miguel Ferrer publicó «Huésped en la Eternidad», (Ed. «Alba», Río de Janeiro), con una Carta-Prefacio de Gabriela Mistral. Llama Ferrer a sus poemas: «Estancias», (son seis).

La Mistral elogia la «bella obsesión de eternidad» de este poeta, a quien compara con nuestro Angel Cruchaga.